

REVISTA DE TEATROS

VELADAS DE TEATRO ITALIANO

"El Hombre, la Bestia y la Virtud", de Luis Pirandello

POR EL TEATRO ESTABLE DE LA CIUDAD DE TURIN



Edda Albertini en la "virtuosa" signora Perella de "L'uomo, la bestia e la virtù".

Quizá en ninguna obra, singular paradoja, aparezca más lúcido, más puro, más desnudo, el pensamiento que angustia de continuo a Pirandello, como en esta pieza, "El hombre, la bestia y la virtud" —elegida por el Teatro Estable de la Ciudad de Turin para su despedida en Montevideo— en la que el acontecer humano transcurre aparentemente de manera directa, sencilla, humorística, casi cómica, sin pronunciamientos filosóficos, sin conflictos entre la realidad y el ensueño, tan caros en la dramática de Pirandello. Pero ¿de qué manera está aquí presente, aguda, sutilísima, su dialéctica del alma! La vida no es para Pirandello más que una trágica burla en la que juegan chocando continuamente el esfuerzo del hombre, su voluntad de ser, sus emociones y sentimientos con las contradicciones de un destino absurdo que no contempla ninguno de los sueños de que se nutren las criaturas, sueños por los cuales precisamente y sólo por ellos la vida puede tener un sentido afirmativo.

¿Qué es pues el vivir, para Pirandello, si no somos al cabo más que un sueño de nuestros propios sueños, y la realidad sólo una eterna contradicción sin sentido? ¿qué somos, si el destino es un juego tragicómico que no nos permite ser y nuestra voluntad potencial sólo un vacío espejismo? El vivir es sólo eso, un grotesco absurdo, una ridícula invención, una burla irrisoria debatiéndose en un mundo de sombras y desconcierto. Pero es precisamente este debatirse entre sombras ilusorias y quizá persistir en ellas lo que otorga al hombre su dimensión más heroica, su mayor hondura trágica.

En "El hombre, la bestia y la virtud", el pensamiento dialéctico de Pirandello se hace un punzante juego de humor, de humor tan válido, tan rico en contradicciones, tan jugoso de grotesco y ridículo, que la risa se estrangula en angustia y sentimos el fustazo de amargo pesimismo pirandelliano. El drama del hombre que para salvar el honor de su amante, en este caso mujer amada, debe entregarla a la ferocidad carnal de su marido, ferocidad provocada por el propio amante haciéndole ingerir unas drogas para romper el alejamiento entre marido y mujer; el drama de la mujer, espejo de virtudes que debe aceptar el juego indigno, única manera de poner a resguardo su reputación pues debe cubrir las apariencias de su próxima maternidad; el drama de cerrar oídos a lo que nos reclama nuestra conciencia, nuestros sentimientos, por cumplir con una realidad de circunstancias es la tela de araña que teje Pirandello en "El hombre, la bestia y la virtud" con ese humorismo áspero, acre, y por eso mismo trascendente.

Y la burla final que invita a la carcajada, ese hallazgo hábil y feliz de Pirandello en el que como contraseña con su amante para saber si el marido ha cumplido con su propia mujer debe ésta sacar al balcón una maceta con flores y, ante la impaciente expectativa del amante, saca primero una maceta, y luego otra, y otra... hasta cinco, mientras cae el telón, es la burla más sangrienta, más corrosiva, más destructora que el genial dramaturgo italiano pudiera imaginar porque ¿qué hay que pueda ser más deleznable y más trágico a la vez que la ofensa al auténtico, al único amor? Tras la carcajada que provoca la burla viene pues, necesaria, una reflexión distinta y más honda sobre sus supuestos, condicionados por un destino que escapa a las decisiones del hombre y que convierten, a la postre, sus actos más sublimes en ridícula bafa.

El Teatro Estable de la Ciudad



El gran escritor siciliano Luigi Pirandello, autor de "L'uomo, la bestia e la virtù"

de Turin culmina con "El hombre, la bestia y la virtud" su temporada entre nosotros, temporada en la que se advierte no fueron tomadas distintas obras al azar sino un repertorio inteligentemente pensado, una verdadera muestra de teatro italiano, popular y de calidad, en la que, es lógico, no podía faltar Pirandello.

La dirección a cargo de Ernesto Cortese estuvo dentro de la mejor tradición pirandelliana, en una obra en que lo trágico, cómico y grotesco son los tres agudos vértices del triángulo humano en "El hombre, la bestia y la virtud".

Desesperada angustia en el profesor amante, infelicidad en la desdichada mujer, simplicidad bestial en el marido y los tres bañados por la cruda luz del ri-

dículo grotesco de sus vidas fueron los estados de alma con los que se manejó eficazmente Ernesto Cortese, sostenido por la magnífica naturalidad de los restantes personajes. Logró así la grotesca farsa imaginada por Pirandello en la que el humor está trabajando sobre un fondo de angustioso patetismo.

En cuanto a la interpretación Renzo Giovampietro caló con hondura en los diversos estados de su criatura de ficción, el desesperado y transparente Profesor Paulino, dio los tonos justos de impotencia, de ira desorbitada, de angustia extrema, con el sentido de un inefable y ridículo. Edda Albertini por su parte supo dar la chocante y grotesca situación en que se encuentra la desdichada mujer de su personaje en un juego sutil de matices anímicos, no olvidando cierta contención, cierta ternura dramática que presta mayor patetismo a su desventura.

El Capitán Perella, el marido, fue realizado ocon una comicidad segura, directa, sin complejidades como reclama el personaje, por Filippo Scelzo. Se destacó por su sobriedad y su aplomo de actor Gianni Mantesi en el papel de el doctor, e Ivana Erbetta por su gracia ingenua y fresca en la interpretación del niño, hijo del matrimonio.

El resto del elenco, con inteligencia, con expresividad, con agudo sentido del humor, contribuyó a la justeza de la interpretación.

En ambiente, y discreto el decorado, así como el vestuario.

Para terminar: finaliza su temporada el Teatro Estable de la Ciudad de Turin con otro calificado acierto, un Pirandello entendido en "El hombre, la bestia y la virtud" en su más patético y sarcástico humor, tan acerado en esta pieza del genial dramaturgo siciliano.

CORA SARAVIA.